

violencia *rem verba sequuntur*. Observad que los hombres que mejor han pensado son también los que mejor han escrito.

Si la lengua francesa ha de corromperse muy pronto, esta alteración procederá de dos puntos: uno el estilo afectado de los autores que viven en Francia; otro, la negligencia de los escritores que residen en el extranjero. Los papeles públicos y los periódicos se hallan de continuo inficionados por impresiones impropias á las que el público se acostumbra á fuerza de leerlas.

Las construcciones viciosas, nacen también del estilo bárbaro que desgraciadamente se ha conservado en el foro y en algunos edictos en que se hace hablar al rey un lenguaje gótico. Este estilo gótico de los edictos y de las leyes se parece á una ceremonia en la que se llevan vestimentas antiguas; pero no hay que llevarlas fuera de ella. Hasta sería preferible que las leyes que se hacen para que todo el mundo las entienda fácilmente, empleasen el lenguaje ordinario. Debería imitarse la elegancia de la *Instituta* de Justiniano. Pero ¡cuán lejos estamos de la forma y del fondo de las leyes romanas!

Los escritores deben evitar este abuso en el que incurren todos los gacetistas del extranjero. Hay que imitar el estilo de la *Gaceta* que se escribe en París. Por lo menos dice correctamente cosas útiles.

La mayor parte de los literatos que trabajan en Holanda, centro del más activo comercio de libros, incurren en otra especie de barbarie que consiste en imitar el lenguaje y las expresiones de los comerciantes. He visto traducciones de excelentes libros llenas de dichas expresiones. La sola exposición de semejantes faltas, debe bastar para corregir á los autores. ¡Ojalá fuese tan fácil remediar el vicio que produce todos los

días tantos escritos mercenarios, tantos extractos infieles, tantas mentiras y tantas calumnias, con que inunda la prensa la república de las letras!

### AL SEÑOR MARQUÉS DE THIBOUVILLE

11 de Enero de 1776.

Mi querido marqués, os agradezco el que os hayáis humanizado al fin conmigo y me hayáis escrito cartas que hablan de algo. Tengo la desgracia, en medio de mi soledad, de no conocer ni el *Aldeano pervertido* ni el *Soltero*; pero me parece gracioso que no enseñe sino á Madama Denis lo que tenéis la complacencia de escribirme. Los señores de París se imaginan siempre que el resto de la tierra es como el faubourg Saint-Germain y el Palacio Real, y que al salir de la Ópera, los suizos cuentan las noticias del día, antes de cenar, con quince ó veinte amigos íntimos. Mi soledad sólo es interrumpida por las aclamaciones de diez ó doce mil habitantes que bendicen á M. Turgot.

Nuestra pequeña provincia es, al presente, la única provincia que se halla libre de los esbirros y de los arrendadores generales. Disfrutamos el placer de ser libres. No hay, entre nosotros, ni un solo aldeano pervertido, y no hay tal vez ninguno, sino yo, que sepa si han representado el *Soltero* ni el *Condestable de Borbón*.

Los desertores que vuelven en bandadas, y que pasan por nuestro país, cantan las alabanzas de M. de Saint-Germain, como nosotros cantamos las de M. Turgot.

No dudo que debe haber algunos financieros en París cuyas voces no forman coro con nuestras alabanzas; ya sabemos que las sanguijuelas no cantan, y á nos-

otros no nos preocupa el que esos señores aplaudan ó no las operaciones del mejor ministro de Hacienda que ha tenido Francia.

Dícese que corre por París un libelo titulado *Conversación del padre Adán con Saint-Germain*. No tengo más noticia de semejante simpleza que del *Aldeano corrompido*. Madama Denis está muy delicada. El invierno me mata, y no logra enmendar su pereza.

El viejo enfermo de Ferney os escribe por ella, y ambos os profesamos cariñosa adhesión.

Á M. TURGOT

13 de Enero de 1776.

Perdonad á un viejo sus indiscreciones é importunidades. Uno de los deberes de vuestro cargo consiste en tener que soportar unas y otras.

Hacéis nacer un hermoso siglo, del que yo sólo veré la aurora. Preveo grandes cambios de que Francia tiene necesidad en todos los órdenes.

He sabido que en Toscana acaban de poner en práctica vuestros principios con el mayor éxito.

Dicenme que en Francia hay personas interesadas, y otras muy ingratas, que os deben su existencia, y que todas juntas forman una cábala contra vos. Me lisonjea la esperanza de que será disipada, y esta esperanza se funda en el carácter del rey y en los verdaderos servicios que prestáis á la nación.

El pequeño país de Gex es un punto casi imperceptible en el mapa, pero no podéis figuraros los felices efectos que vuestras últimas operaciones han producido en este humilde rincón. Las aclamaciones han llegado hasta las orillas del Rin. Á vos no os importa, pero á mí

me importa mucho, porque me inspira tanto interés vuestra gloria como á vos el bien público.

Triunfad, monseñor, de los bribones y de la gota; seguid dispensando vuestras bondades al más viejo de vuestros servidores, y al más celoso de vuestros admiradores, cuyo profundo respeto no os ha de molestar mucho.

AL REY DE PRUSIA

17 de Enero de 1776.

Señor, había en otro tiempo, hacia los cincuenta y tres grados de latitud, una hermosa águila cuyo vuelo admiraba todo el mundo. Había salido un ratoncillo de su madriguera para ir á contemplar el águila, y experimentó una pasión violenta por aquella reina de las aves; envejeció el ratón en su madriguera y quedó reducido á roer libros; aun eso lo hacía mal, porque se le habían caído los dientes. El águila conservó siempre su hermoso pico, pero enfermaron sus reales patas.

Lo que nadie podía creer es que el águila, durante su enfermedad, se entretuviese á veces en hacer muy lindos versos que se dignaba enviar al ratón. Puesto que hablaban las encinas de Dodona, ¿por qué no había de hacer versos el águila? El ratón, llegado á la decrepitud, no podía hacer ya más que prosa; se tomó la libertad de enviar á su antiguo protector el águila algunas hojas de un antiguo libro que había encontrado en una biblioteca; estos fragmentos empezaban en la página 86.

Las cosas á que se refieren esos fragmentos son muy verdaderas y muy singulares, y el ratón se imaginó que tal vez podrían servir de distracción al águila. Si se

equivocó, es digno de perdón, porque en el fondo estaba animado de buenas intenciones. No veía la verdad con la penetrante mirada del águila, pero la amaba cuanto podía. Es más, á fin de cultivar esta verdad y contemplarla desde más cerca, había emprendido en otro tiempo un viaje á la región media del aire, para ponerse bajo la protección de su águila, á la que conservó la más respetuosa y cariñosa adhesión hasta que se lo comieron los gatos.

P. S. Si por casualidad Su Majestad el águila pudiese distraerse con estas fruslerías, su viejo vasallo el ratón le enviaría toda la obra por la posta tan pronto como esté impresa.

Á M. TURGOT

18 de Febrero de 1776.

No hay, monseñor, enfermo más importuno que yo. Es preciso que os moleste desde mi lecho tanto como os molestan en París con reclamaciones.

Acabo de saber que encuentran mal el que nuestros Estados hayan tratado con Berna para poder echar sal en nuestro puchero. Os aseguro que nuestros Estados no han celebrado ningún tratado con Berna, pues no pertenecen al cuerpo diplomático.

Desde fines de Diciembre carecíamos en absoluto de sal; nos han vendido dos mil heminas, tanto en Nyón, en la misma Suiza, como en Ginebra. Yo he comprado, por mi parte, ocho quintales; *porque si la sal se desvaneciera, ¿con qué se salaría?*

Me atrevo á hacer os observar que necesitaríamos próximamente cinco mil heminas, porque nos proponemos dar mucha sal á todos nuestros ganados ante el

temor muy fundado de la epizootia, y porque me voy á sembrarla en mis campos con el trigo para destruir la antigua preocupación que había en otro tiempo de sembrar de sal las tierras para hacerlas estériles.

Por el contrario, un poco de sal en las tierras gredosas es uno de los mejores abonos posibles: es un experimento de física y de laboreo.

Os pido por favor, monseñor, que no os incomodéis con vuestros Estados, que no han propuesto ni firmado ningún tratado con nadie. Os respondo de ello con mi vida, que sólo pende de un hilo, y que es vuestra con el mayor respeto y agradecimiento.

EL VIEJO ENFERMO.

Á M. VASSELIER,

EN LYÓN

Estoy encantado con los edictos sobre los pechos y los gremios de oficios. Cuando maese Seguiet dijo al rey que era de temer que el pueblo se rebelase porque le quitaban el placer de pechar y porque le libaban del excesivo impuesto de los gremios, el rey se echó á reir, pero con sonrisa muy desdenosa. El siglo de oro viene después de un siglo de hierro.

Á M. TURGOT

Ferney, 3 de Mayo de 1776.

M. de Trudaine, vuestro digno amigo, monseñor, me ha hecho ver un edicto sobre los vinos, que vale, en verdad, tanto como el del 14 de Septiembre sobre los

trigos. Estas dos piezas verdaderamente elocuentes, puesto que la razón y el bien público hablan en ellas, no tienen más que unirse al edicto de la caja de Poissy, y Francia está segura de comer bien. El lomo, que los ingleses llaman *rostbeef*, vale tanto como la gallina en el puchero. Creo que el Parlamento de Burdeos se incomodará un poco, pero el de Tolosa se alegrará mucho.

M. de Trudaine es testigo de los transportes de alegría que habéis causado en todos los países que nos rodean. Vemos nacer el siglo de oro; pero es muy ridículo que haya tanta gente del siglo de hierro en París. Me aseguran, para mi consuelo, que podéis contar con la firmeza de Sesostris. Era mi mayor preocupación.

No me atrevo á suplicaros que me confirméis esta feliz anécdota de que depende el destino de toda la nación; pero os confieso que desearía vivamente, antes de morir, estar seguro del caso y poder exceptuaros del número de los grandes hombres, de quienes ha dicho Horacio :

Diram qui contudit hydram  
Comperit invidiam supremo fine domari.

(Libro II, ep. I.)

En cuanto á nuestra sal, monseñor, no os importunaré más, puesto que veo que no olvidáis nada.

Respecto á la señora Lobreau, es claro que su dinero es tan bueno como el de los tenderos que quieren dar comedias sin tener actores.

Quisque suam exerceat artem.

(Libro I, cap. XIV.)

Respecto á vuestro arte, puede decirse :

Cum tot sustineas et tanta negotia solus.

(Libro II, p. I.)

Ya véis que me paso la vida entre vuestras obras y las de Horacio; no puedo acabar mejor mi carrera.

Madama Denis se halla penetrada del honor de vuestro recuerdo, y todos nosotros agradecemos en el alma vuestras extremadas bondades.

### AL SEÑOR BARÓN DE FAUGÈRES,

OFICIAL DE MARINA,

ACERCA DE UN MONUMENTO QUE PROPONE ERIGIR  
Á LOS GRANDES HOMBRES DEL SIGLO DE LUIS XIV,  
EN LA PLAZA DE MONTPELLER

3 de Mayo de 1776.

Proponéis, señor, que en torno de la estatua erigida en Montpellier á Luis XIV, después de su muerte, se erijan también monumentos á los grandes hombres que han ilustrado su siglo en todos los géneros. Este proyecto es tanto más hermoso cuanto que, desde hace algunos años, parece que se ha formado entre nosotros una cábala para rebajar todo lo que constituye la gloria de este tiempo memorable.

Ya se han cansado de las obras maestras del siglo pasado. Se procura empequeñecer á Luis XIV, y se le echa, sobre todo, en cara el haber querido ser grande. La nación, en general, da la preferencia á Enrique IV, y excluye á todos los demás reyes. No examino si es justicia ó inconstancia, si nuestra razón perfeccionada conoce mejor el verdadero mérito hoy que en otro tiempo; observo únicamente que en tiempo de Enrique IV no conocía en absoluto el mérito ni lo apreciaba.

« No me conocen, decia este buen príncipe al duque de Sully; ya me echarán de menos ». En efecto, señor, no hay que disimular: era odiado y poco respetado. El fanatismo, que le persiguió desde su cuna, conspiró cien veces contra su vida, y se le arrancó al fin en medio de sus oficiales por manos de un antiguo fuldense que se había vuelto loco y rabioso á causa de la Liga. Hoy nos arrepentimos y le preferimos á todos los reyes.

Pero si Enrique IV fué grande, su siglo no lo fué en ninguna cosa. No hablaré aquí de esa multitud de crímenes y de infamias con que la superstición y la discordia mancharon á Francia. Las artes eran ó ignoradas, ó muy mal practicadas, empezando por el arte de la guerra. Hacía cuarenta años que se guerreaba, y no hubo un solo hombre que dejase fama de general hábil, ni á quien la posteridad haya creído digno de poner al lado del príncipe de Parma ó del de Orange. En cuanto á la marina, vos, que os habéis distinguido en ella, sabéis que no existía entonces. Las artes de la paz, que forman el encanto de la sociedad, que embellecen las ciudades, que ilustran el espíritu y dulcifican las costumbres, nos eran extrañas, y no nacieron sino en la época que vió morir y nacer á Luis XIV.

Me cuesta trabajo concebir el encarnizamiento con que se persigue hoy la memoria del gran Colbert, que contribuyó tanto á hacer florecer todas esas artes, y sobre todo la marina, que es uno de los principales objetos de vuestro gran proyecto. Ya sabéis, señor, que creó esa marina tan largo tiempo formidable. Francia, dos años antes de su muerte, tenía ciento ochenta barcos de guerra y treinta galeras. Las manufacturas, el comercio, las compañías mercantiles en Oriente y Occidente, todo fué obra suya. Puede haber quien sea superior á él, pero no se podrá jamás eclipsarle.

Lo mismo sucederá con las artes del espíritu, como la elocuencia, la poesía, la filosofía, y aquellas en que el espíritu conduce la mano, como la arquitectura, la escultura y la mecánica. Los hombres que embellecieron el siglo de Luis XIV con su talento no serán jamás olvidados, cualquiera que sea el mérito de sus sucesores. Los primeros que inician una carrera quedan siempre á la cabeza de los demás en la posteridad. No hay gloria sino para los inventores, dijo Newton en su disputa con Leibnitz, y tenía razón. Hay que mirar como inventor á Pascal, que formó, en efecto, un género de elocuencia nuevo; á Pellisón, que defendió á Fouquet de la misma manera que Cicerón había defendido á Devotaro ante César; á un Corneille, que fué entre nosotros el creador de la tragedia, aun copiando el *Cid* español; á un Molière, que inventó realmente y perfeccionó la comedia, y si Descartes no se hubiera desviado en sus inventos de su guía la geometría, y si Malebranche hubiera sabido contener su vuelo, ¡qué hombres hubieran sido!

Todo el mundo conviene en que ese gran siglo pasado fué el del genio, pero después de los hombres á quienes se considera como inventores, vienen con frecuencia, no diré yo discípulos formados en la escuela de sus maestros, lo cual sería laudable, sino monos que se esfuerzan por echar á perder la obra de estos maestros inimitables. Así, después de Newton, que descubre la naturaleza de la luz, viene un Castel, que quiere hacer más, y propone un clavicordio ocular.

Apenas se descubre con el microscopio un nuevo mundo en pequeño, cuando un Needham imagina haber formado una república de anguilas; las cuales producen inmediatamente otras anguilas; todo ello con una gota de caldo ó de agua hervida con trigo dañado

por el cornezuelo. Los animales y los vegetales son producidos sin germen; y para colmo del ridículo, esto se llama lo sublime de la historia natural.

Inmediatamente que algunos verdaderos filósofos calcularon la acción del sol y de la luna sobre el flujo y reflujo de los mares, algunos novelistas, muy inferiores á Cyrano de Bergerac, escriben la historia de los tiempos en que dichos mares cubrían los Alpes y el Cáucaso y en que el universo estaba habitado por los peces. En seguida nos descubren la gran época en que los delfines, nuestros antepasados, se trocaron en hombres, y cómo se convirtió su cola ahorquillada en muslos y en piernas. Este fué el gran servicio que Telliamed <sup>1</sup> ha prestado recientemente al género humano. Así, pues, señor, en todas las artes, en todas las profesiones, los charlatanes suceden á los buenos maestros; y ¡quiera el cielo que no tengamos todavía charlatanes más funestos!

¡Ojalá que vuestro proyecto sea ejecutado, y ojalá puedan reaparecer en la plaza de Montpellier, en torno de la estatua de Luis XIV, é inspirar á los siglos venideros emulación eterna todos los genios que abrillanaron el siglo de dicho rey, etc.

Á M. DEVAINES

3 de Mayo de 1776.

Puesto que os dignáis, señor, admitir en vuestra biblioteca cuentos chinos, indianos y tártaros, tengo el honor de enviaros un ejemplar.

Pero acabo de leer un folleto que me ha hecho olvi-

Maillet.

dar todos los demás. Es un edicto sobre la libertad del comercio de vinos; es digno compañero del edicto del 14 de Septiembre en favor de los granos.

Concibo que haya gente admirada de ver tratados de política y de moral con la fórmula *porque así lo tenemos á bien*; pero no concibo que individuos que tienen pelos en la barba se asusten de las verdades que se les demuestran. Me parece que veo á los médicos del tiempo de Molière sostener tesis contra la circulación de la sangre. Es imposible que el partido de los que cierran los ojos á la luz pueda sostenerse largo tiempo. Todas las nuevas verdades son mal recibidas entre nosotros. Se siente tener que volver á la escuela cuando se creía uno doctor *et que imberbes didicere senes perdetenda fateri* <sup>1</sup>. En fin, señor, esos vinos me parece que tienen una savia y fuerza enteramente nueva. Aconsejo á esos señores que beban de lo lindo, en lugar de hablar mal de ellos. Estos buenos vinos de M. Turgot son capaces de reanimarme. Mi desgracia consiste en que no me queda mucho tiempo que beber.

Á M. DEVAINES

15 de Mayo de 1776.

Dios mío, señor, ¡qué funesta noticia acabo de saber! Francia ha sido demasiado feliz; ¿qué será de nosotros? ¿Seguís en vuestro puesto? ¿Tendriais tiempo de tranquilizarme con una palabra? ¿Puedo dirigirme á vos para hacer pasar este billete? Estoy aterrado y desesperado.

1. HORACIO, lib. II, epístola 1.

## Á M. DE LA HARPE

10 de Junio de 1776.

Mi muy querido colega, cuando los preparativos de vuestra recepción os dejen algún tiempo libre, os ruego que me hagáis saber si en la victoria que habéis logrado habéis tenido á M. Gaillard de vuestra parte. Os ruego, sobre todo, que me digáis dónde está el intrépido filósofo M. de Condorcet. ¿Está en París? ¿No se halla ocupado en consolar á M. d'Alembert? Ni ellos ni yo nos consolaremos nunca de haber visto nacer y morir la edad de oro que M. Turgot nos preparaba.

Ignoro aún lo que va á ser de mi pobre país de Gex y de este Ferney, que yo había convertido en una mansión encantadora. Desde que M. Turgot ha caído del ministerio, no veo más que la muerte ante mis ojos. No concibo cómo han podido deshacerse de él. Este rayo me ha herido en la cabeza y en el corazón.

Sí, en verdad; M. de Trudaine nos hacía el honor de estar en Ferney, y se dignaba proponerse embellecerlo cuando un correo le trajo la fatal noticia. Madama de Trudaine y Madama de Invau habían traído á nuestro Virgilio; y no diré *Virgilium vidi tantum*, porque lo he oído, y con el mayor placer. Sus versos se parecen á los vuestros. Veo que la Academia se fortifica. Es preciso que M. de Condorcet entre en ella, á fin de que seáis mucho más fuertes, y que los Clément se vayan con la música á otra parte.

Os estrecho entre mis débiles brazos.

1. La retirada de M. Turgot del ministerio el 11 de Mayo de 1776.

## A M. LAUJÓN

Ferney, 11 de Julio de 1776.

Un anciano de ochenta y tres años recibió días pasados, casi al mismo tiempo, un pasatiempo encantador, de que es muy indigno<sup>1</sup>, y reproches del señor conde de La Touraille, por haber tardado tan largo tiempo en daros las gracias. Me veo obligado á deciros que el paquete en que se hallaba encerrado tan lindo presente llegó á mi retiro antes de ayer. Es una desgracia que ocurre siempre á los pobres que viven lejos de la capital. Mi desgracia es tanto mayor, cuanto que estoy alejado de vos para siempre; y esto es lo que aumenta la obligación que he contraído con vos por haber tenido la amabilidad de pensar en mí en medio de los placeres y distracciones que os rodean. Aunque estoy mucho más cerca del *De profundis* que del *allegro*, comprendo, sin embargo, todo el mérito del favor que me hacéis. Soy tan sensible á las lindas canciones como si pudiese cantarlas. Cualquiera que sea, caballero, el género en que ejercitéis vuestro amable talento, estaréis siempre seguro de agradarme. Siento en el alma el retraso que me ha privado tan largo tiempo de vuestras bondades y que me ha impedido daros las gracias.

Tengo el honor de ser, con todos los sentimientos de estima y agradecimiento que os debo, vuestro, etc.

EL VIEJO ENFERMO DE FERNEY.

1. A *propos de société ou Chansons*, de M. L.

## AL SENOR CONDE DE ARGENTAL

12 de Junio de 1776.

Mi querido ángel, tenéis en mí un corresponsal muy poco digno de vos. Sois prudente y tranquilo, y yo no puedo llegar á serlo. Por más que procuro el retiro, me encuentro á la edad de ochenta y dos años víctima de distracciones que constituyen una verdadera fatiga, y que me obligan á importunaros. No es justo que padezcáis á causa de la frivolidad de mi juventud; sin embargo, tengo que proponeros que os dignéis participar algo de mis debilidades.

Un director de compañía, llamado Saint-Geran, muy protegido por madama de Saint-Julien y por el señor marqués de Gouvernet, su hermano, está acabando actualmente en mi colonia el más digno teatro de mi provincia. Se lisonjea con que Le Kain vendrá á pasar entre nosotros todo el mes de Julio, si el señor mariscal de Duras le da permiso para ello. Es un favor, mi querido ángel, que sólo vos podéis obtener. Ved si os podéis encargar de ello.

Me aseguran que el placer de oír á Le Kain podrá disminuir los sufrimientos con que mis continuas enfermedades me abruma. Os deberé, no ya la salud, porque no puedo esperar tener á mi edad lo que no he tenido en mi vida, sino por lo menos algunas horas más tolerables; y me será muy agradable tenéros las que agradecer. Mis colonos dicen que basta con ellos para llenar el teatro, pero se engañan: necesito á Ginebra, y sólo Le Kain puede atraerla. Ganará más en una república que cerca del rey de Prusia. Arreglaré

con mucho gusto con Le Kain lo que me proponéis acerca de *Semiramis* y de *Tancredo*.

Lo que os he escrito acerca de las cartas chinas es muy exacto. No se sabe, al cabo de quince días, lo que es de todos esos folletitos; se van á provincias y á Alemania, y no se oye más hablar de ellos. Confieso que desearía con frecuencia que no se hubiese hablado jamás de mí, y que hubiera querido tomar por divisa: *Qui bene latuit, bene vixit*; pero no es posible sustraerse á su destino.

Estoy sumamente inquieto con la enorme colección que Panckouke ha tenido la imprudencia de tomar á su cargo. Todo mi recurso consiste en la esperanza de que no ha de vender ni un solo ejemplar. Si ocurriese una desgracia, sentiría muy vivamente la pérdida de los dos ministros que pensaban como vos, y que han abandonado su puesto en mal hora para los pobres filósofos. Mi alma está desasosegada. Quisiera saber cómo se encuentra la del señor duque de Richelieu debe estar ulcerada y trastornada. Me había escrito que se proponía publicar un resumen de todo su negocio; pero si ese resumen es hecho por el mismo abogado que él ha escogido<sup>1</sup>, valdría más á mi parecer no escribir nada. El público no perdona el fastidio en ningún género.

No puedo terminar mi carta sin deciros una palabra acerca de la idea que se le ha ocurrido á M. de Thibouville de hacer representar á *Olimpia*...

Acaso las dos señoritas Saintval podrían representar la madre y la hija; y estoy pensando que en tal caso debería exigir que esta pieza no fuese representada nuevamente sino en la temporada de Fontainebleau,

1. Target.



suponiendo que haya Fontainebleau. Porque no querría quedarme sin Le Kain para el mes de Julio. Sólo á vos en el mundo, mi querido ángel, me atrevo á hablar de estas fruslerías. Me las perdonaréis, porque sois mi consuelo en todo tiempo y en todas mis ocurrencias. Cuando pienso que os dignáis distinguirme con vuestro cariño, casi se desvanecen todos mis pesares.

### Á MADAMA DE SAINT-JULIEN

12 de Junio de 1776

Hermosa bienhechora nuestra, no soy yo seguramente el patrono de esta aldea; sois vos seguramente la verdadera patrona de la colonia. Colmáis á vuestro arquitecto de beneficios. Presumo que os habría puesto al corriente del estado brillante y algo equivoco de nuestra fundación. Os habría dicho sin duda que el otro protegido vuestro, Saint-Gerán, se ha convertido en uno de nuestros ciudadanos, y que ambos acaban de edificar y de embellecer un lindísimo teatro en el que se darán representaciones dentro de quince días. El mismo Saint-Gerán se lisonjeaba con hacer venir á Le Kain y á Mademoiselle de Saintval. Se proponía solicitar vuestra protección y la de M. de Argental para hacer venir de París á ambos personajes, que hubieran dado tanta gloria á nuestro país: pero tengo miedo que tan grandes esperanzas queden desvanecidas.

Mientras edificamos un circo como los antiguos romanos, estamos reconstruyendo el palacio Delfin; que, como sabéis, se había arruinado; y pertenece á dos de vuestros vasallos que están bajo las órdenes del

señor marqués de Gouvernet, vuestro hermano; son dos grandes negociantes de Macón.

Todo esto es algo romántico. Había en Lausana una viajera que pasaba entre los aficionados á grandes aventuras por la viuda del zarevitz asesinado por su padre Pedro I, héroe del Norte, y parricida. Esta dama, algún tiempo después, quedó reducida á condesa en lugar de ser emperatriz; más tarde le dieron el nombre de presidenta. Al fin ha venido á nosotros como simple consejera: es viuda de un consejero de Ruán llamado Fauvelles de Hacqueville, y el amigo Racle le está edificando una casa casi junto al castillo. Apenas cerrado el trato ha partido para Inglaterra ó para Rusia, dándonos palabra de volver luego que su casa esté dispuesta. Tenemos actualmente dieciocho casas en construcción. Esto se parece á las *Mil y una noches*; y lo que podría parecer más fabuloso aún es que el anciano que ha gastado sus fuerzas en todas estas bromas, no ha pedido el menor socorro al gobierno para el establecimiento de una colonia que hace un comercio de 500 ó 600.000 francos por año, y hace entrar dinero en el reino. Solamente ha implorado las bondades de M. de Trudaine para hacer empedrar dos grandes carreteras que atraviesan la colonia. M. de Trudaine nos ha concedido ya una parte de este favor, y ha dado las órdenes para el resto. Ya sabéis que estaba en Fernelly cuando llegó la fatal noticia. Ha habido ya grandes cambios en este mundo desde que me busqué un retiro entre el monte Jura y los Alpes. Llevo siempre en mi corazón el gusano roedor que me atormenta desde la aventura del gran Barmecida <sup>1</sup>. No me consuelo de la injusticia que este grande hombre me ha hecho al

1. El duque de Choiseul.

creerme ingrato. Es un crimen horrible de que soy incapaz. He creído siempre que los cargos del Areópago no debían venderse; lo he dicho cien veces, y lo repito más que nunca. Esto nada tiene de común con la generosidad de Barmecida. No podía yo adivinar, metido en mis cavernas, que el nuevo jefe de un areópago transitorio tuviese la desgracia de haberse indispuerto con el más magnánimo de los hombres. En una palabra, no he cesado de quemar mi incienso en el templo de Barmecida el bienhechor. Ya sabéis cuán grande ha sido mi dolor al saber que sospechaba que yo le había olvidado. He escrito algunas veces á madama de Barmecida para justificarme, y si estuviese para morir le escribiría aún.

Os advierto, mi querida protectora, que jamás dejaré de lamentarme con vos. Os pediré siempre con favor que pongáis bien en claro mi inocencia. Os importuno con frecuencia á este propósito; pero los que sufren mucho son dados á quejarse, y os ruego encarecidamente que digáis á ese hombre sublime que ha hecho á un hombre infortunado. Tendría aún cuatro páginas que llenar, pero me callo.

#### Á M. DE LA HARPE

Ferney, 4 de Julio de 1776.

El día de vuestra recepción <sup>1</sup>, ha sido un verdadero día de triunfo, porque fué precedido de batallas y de victorias. Los que ponen en la misma balanza la vida indolente y casi obscura con la activa y gloriosa, no

1. 20 de Junio de 1776.

piensan en que no se debe comparar á Ático con César.

Paréceme que me habria limitado á celebrar vuestros éxitos sin daros tantos consejos sobre la manera de gozar de ellos: pero, después de todo, ésta no es sino una nueva moda de asegurar los laureles en la cabeza de los triunfadores. Vuestra gloria es completa, mi placer también, y mi agradecimiento igualmente. ¡Cuánto no debo á vuestra amistad animosa, que comparte públicamente conmigo los florones de su corona, y que me hace sentar en su carro de triunfo á la vista de nuestros enemigos! Eso es lo noble, lo verdaderamente generoso y lo que revela la firmeza de un corazón inquebrantable.

Creo que abreviando mucho la *Farsalia* podréis sacar muy buen partido. Acordaos de la divisa á propósito de Felipe III. <sup>1</sup> *Cuanto más se le quita, más grande es.*

#### AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

19 de Julio de 1776.

Mi querido ángel, acabo de saber que madama de Saint-Julien llega á mi desierto en compañía de Le Kain.

Si es cierto, estoy tan maravillado como lleno de júbilo; pero es preciso que os diga cuán incomodado estoy, por la honra del teatro, contra un tal Tourneur que se dice secretario de la librería, y que no me parece secretario de buen gusto. ¿Habéis leído por casualidad dos volúmenes de ese miserable, en los que pretende hacernos mirar á Shakespeare como el único modelo de la verdadera tragedia? Le llama el

1. Se trata de Felipe IV, y no de Felipe III. (N. del T.)